

WILSON Y LA INTERVENCIÓN DE VERACRUZ

ANÁLISIS HISTORIOGRÁFICO

Ronald G. WOODBURY

Universidad de Columbia

- Suponga que es necesario intervenir, ¿qué sucederá entonces?
- Los haremos votar para que dependan de sus decisiones.
- Pero imaginemos que no sucede así.
- Iremos otra vez y los obligaremos a votar de nuevo.
- ¿Y mantener esta situación por 200 años? —me preguntó.
- Sí —dije— los Estados Unidos permanecerán allí por 200 años y podrán continuar matando hombres durante ese pequeño lapso hasta que aprendan a votar y gobernarse.¹

Esta es la manera como Walter Hines Page, embajador de Woodrow Wilson ante la corte de St. James, describió el diálogo que sostuvo con el Secretario Británico del Exterior, Sir Edward Grey. Según Page, los Estados Unidos deben enseñar como vivir a los pueblos inferiores del mundo. De haber sido necesario hubiera “cubanizado” a México, según sus propias palabras. Para él, la actitud británica era incomprensible. Los británicos no entendían lo que es la democracia, el idealismo, o la “acción pública desinteresada”, y sólo se preocupaban por el orden: “Les ofende más el linchamiento de un negro en Mississippi que un tirano en México”.²

Increíble —o tal vez no tanto—: ¿cómo puede el historiador tratar a un hombre como Walter Hines Page? Producto de su tiempo, Page en muchos aspectos representaba el más grande idealismo, en una época en que éste ya no funcionaba. Fue designado

por el presidente de los Estados Unidos, quien habría de llevar el 'espíritu progresista' más allá que otros presidentes anteriores. En el país, Woodrow Wilson fue el defensor del individuo corriente, el autor de la Nueva Libertad; en el exterior, no fue el exponente de la 'diplomacia del dólar', política que él, abiertamente denunció. Pero de todas formas, Woodrow Wilson se vio envuelto en más problemas con Latinoamérica que cualquier otro presidente. Si el sentido y significado de sus acciones aún hoy son motivo de controversia entre la mayoría de los historiadores, no lo son sus errores. "¿Pudo realmente un idealista como Wilson haber pensado igual que Page?"; preguntamos, pero nos olvidamos que Page también fue un idealista. La verdadera pregunta estriba en si un idealista hubiera actuado de otra forma que como lo hizo Wilson. En verdad, la pregunta ampliada se refiere a saber si actos como los de Wilson en Latinoamérica son inherentes a nuestra cultura, en especial, tal vez, cuando esa cultura esta produciendo sus más valiosos exponentes. Al considerar las relaciones entre los Estados Unidos y Latinoamérica en general —y México en particular— durante la administración de Wilson, el historiador tiene la obligación de preguntarse si no puede obtener enseñanzas de un interés más duradero sobre los Estados Unidos, Latinoamérica, y sus respectivos pueblos.

El objeto del presente trabajo es examinar el modo como los historiadores mexicanos y estadounidenses han analizado y comprendido la participación de los Estados Unidos en México durante la Revolución, desde la caída de Francisco I. Madero hasta la evacuación de Veracruz. Mi principal interés consiste, no en exponer todos los hechos aunque estos sean interesantes y nada difíciles de captar, o en indagar cualquier comentario confuso sobre el episodio, sino en ver cómo tratan el tema historiadores prominentes. ¿Qué es lo que piensan de Wilson y su política, de los Estados Unidos y sus gobernantes, de la intervención, y de la cultura y la sociedad de ambos países? Consideraré dos de los principales libros de texto sobre la historia de Latinoamérica,³ tres libros de texto ampliamente difundidos sobre la historia norteamericana,⁴ y tres de historias generales de México;⁵ el libro del principal biógrafo de Wilson: *Woodrow Wilson and the Progres-*

sive Era de Arthur S. Link;⁶ una historia diplomática: *la Historia diplomática de la Revolución Mexicana* de Isidro Fabela, Secretario de Relaciones Exteriores de Carranza;⁷ el libro sobre la ocupación de Veracruz, *An Affair of Honor*,⁸ de Robert E. Quirk; el clásico de Samuel Flaggs Bemis, *The Latin American Policy of the United States*;⁹ y *The United States and Mexico*¹⁰ de Howard F. Cline.

Woodrow Wilson no inició su política mexicana en un vacío histórico. Sus predecesores también tuvieron que hacerse cargo del reconocimiento de nuevos gobiernos en Latinoamérica. Además, Francisco I. Madero fue derrocado por Victoriano Huerta a principios de 1913, antes de que Woodrow Wilson tomara posesión de su cargo. Por consiguiente, la primera función del historiador debe ser la de tratar la situación tal como se desarrolló hasta el momento en que Wilson prestó juramento.

En primer lugar, ¿explican correctamente los historiadores cómo otros presidentes no tuvieron mayores problemas al reconocer gobiernos? La política tradicional era reconocer los nuevos gobiernos *de facto* por el hecho solo de que mantuvieran el poder. De los libros de historia latinoamericanos, sólo Fagg aclara que Wilson violó la tradición cuando se rehusó a reconocer al gobierno de Huerta. Herring señala que únicamente el gobierno británico extendió dicho reconocimiento. De los libros norteamericanos, Morison y Commager, y Bailey exponen los hechos; pero *The National Experience* dice que Taft hubiera reconocido a Huerta pero había sostenido la situación con la esperanza de ajustar las reclamaciones financieras de los Estados Unidos. Cline afirma que aplazar el reconocimiento era una práctica establecida para conseguir ventajas, aprovechándose de las circunstancias. Esto puede o no ser verdad, pero Cline, al igual que Link, está de acuerdo en que Wilson substituyó con una nueva doctrina a la tradicional del reconocimiento *de facto*. Para Quirk el asunto no es importante, pero en cuanto a los historiadores mexicanos, ninguno de los cuales lo menciona, la omisión refleja sólo ignorancia de la historia de los Estados Unidos.

Teja Zabre y el libro *México: Cincuenta Años de Revolución*, no abordan el problema del reconocimiento *de facto* y en realidad

tratan demasiado poco el episodio completo. Además, puesto que declinan el hacer comentarios en la mayoría de los temas por consideración a la sencillez, sólo los mencionaré en aquellos pocos casos en que los hagan. Sin embargo, utilizaré a Bravo Ugarte y a Fabela, que siempre tienen comentarios qué hacer. Respecto a los inmediatos predecesores diplomáticos de Wilson, por ejemplo el presidente William Howard Taft y el embajador Henry Lane Wilson, las observaciones de Bravo Ugarte son breves pero vienen al caso. Éste declara que Huerta y Félix Díaz, sobrino del recientemente derrocado Porfirio Díaz, hicieron un pacto en la Embajada Norteamericana para apoderarse de la presidencia bajo la iniciativa de Henry Lane Wilson. También describe las intrigas del embajador para librarse de Madero y las amenazas de intervención, que Taft se vio obligado a negar ante una carta inquisitiva de Madero. Fabela relata todos estos hechos y otros más, y en especial se muestra vehemente censor de Henry Lane. Taft, dice Fabela, no simpatizaba con Madero, pero a pesar de la presión de la prensa y de otros grupos de los Estados Unidos, se opuso a cualquier intervención. No obstante, Henry Lane Wilson fue un farsante y cómplice del asesinato de Madero. Huerta, asegura Fabela, nunca se hubiera atrevido a intentar el *golpe* sin el apoyo práctico de H. L. Wilson.

Los libros de texto norteamericanos insólitamente omiten estas acusaciones. Sólo *The National Experience* menciona a Taft y nadie se ocupa de Wilson. Herring y Fagg dan alguna información más. El primero declara que el embajador conocía los planes para aprisionar a Madero y se regocijaba con ello, pero asienta que los mexicanos (aparentemente opuestos a los norteamericanos) lo acusan de "responsabilidad moral" por el asesinato. Por el contrario, Fagg enfatiza la reunión de Félix Díaz y Huerta en la embajada y la desavenencia de H. L. Wilson con Madero por su fracaso en proteger las inversiones extranjeras. Ninguno de los dos comentan las amenazas de intervención de Wilson ni mencionan la política neutral de Taft.

Los libros de texto, que por su naturaleza son resúmenes, no pueden penetrar en demasiados detalles. Normalmente los textos latinoamericanos dicen más que los norteamericanos, pero Bemis

presenta temas no tratados en aquéllos: acentúa el conflicto entre Wilson y Taft que, según él, aprendió a no intervenir por la severidad de su administración en las Filipinas. Dice que H. L. Wilson asesoró a Huerta después del golpe de estado pero no lo acusa de haber tenido conocimiento previo del mismo. Contra lo que dicen Cline y *The National Experience*, Bemis declara que Taft retuvo el reconocimiento debido al impacto de los asesinatos de Madero y su vicepresidente y no por los derechos en pugna. Por otro lado, todo esto se opone a lo asentado por Link, investigador más reciente que Bemis, según el cual "nunca se ha determinado" hasta qué límite el embajador animó a Huerta y a Díaz, por más que los mensajes revelen su oposición a Madero, su conocimiento del golpe y las reuniones de Huerta y Díaz en la embajada. Cline, que cita a Link con frecuencia, está de acuerdo con este análisis y, al igual que él, piensa que las reclamaciones en pugna fueron causa de la dilación en el reconocimiento. También se refiere, igual que Fabela y Bravo Ugarte, a la amenaza de intervención de H. L. Wilson y a la negativa de Taft. Por último, Cline amplía a Bemis cuando dice que el impacto de los asesinatos hizo a Taft más reticente.

Si los libros de texto norteamericanos evitan mencionar la actuación de Taft y de Henry Lane Wilson, los libros de texto latinoamericanos fracasan en la apreciación de las presiones políticas internas bajo las cuales los presidentes estadounidenses se han visto obligados a dirigir su política hacia México. Herring, Fagg y Bravo Ugarte, no se refieren al problema de ninguna manera. No obstante, incluso aquellos que tratan el problema lo hacen de modo diverso y a menudo aun contradictorio. Sus análisis afectan la totalidad de la interpretación sobre el dilema wilsoniano y confunden los problemas: los estudiantes no pueden sacar mucho en claro.

Por otro lado tenemos a los mexicanos con teorías neo-marxistas que les hacen ver conspiraciones. Teja Zabre observa toda la intervención como parte de la competencia financiera e industrial del mundo capitalista entre los Estados Unidos y Europa que se disputan el predominio marítimo y petrolero en la Primera Guerra Mundial. Fabela acusa a la prensa, al partido republicano

en general, a algunos demócratas, al ejército, a los norteamericanos residentes en México, a los "hombres de negocios" y por encima de todos a los "capitalistas de Wall Street", de querer intervenir en todas las épocas. Sólo el "pueblo" de los Estados Unidos estaba en general con México y en particular con Carranza.

Entre los historiadores norteamericanos, Bailey es un poco menos melodramático, señala la inversión de mil millones de dólares, los 50 000 residentes norteamericanos, el clamor que pedía la intervención, la histeria de guerra después de la ocupación de Veracruz, los grandes negocios, y a Theodore Roosevelt. La única contribución de Bailey es señalar, sea verdad o no, al más grande propagandista de la guerra, William Randolph Hearst, quien poseía una hacienda en México de mayor extensión que Rhode Island.

Sin embargo, la relación de causa y efecto entre las inversiones y la propaganda de guerra no es siempre clara. Morison y Commager, *The National Experience*, y Bemis insisten en diversas estimaciones y estados de cuenta del interés financiero y menos directamente en sus relaciones con el intervencionismo. *The National Experience* habla de *jingoes*, de católicos y de Theodore Roosevelt, y Bemis habla de "exaltados"; Morison y Commager van aún más lejos al afirmar que, por lo menos después de las incursiones de Villa, la guerra y la anexión hubieran tenido respaldo popular: sin embargo para Bemis el pueblo se oponía a la guerra en su mayoría.

Como si no hubiera suficiente confusión acerca de esta entidad imprecisable (lo que "el pueblo" quería) Quirk dice que "el pueblo" apoyaba firmemente a Wilson y que si la guerra hubiera llegado habría "acudido en defensa de los colores patrios". Los republicanos se citan especialmente en *An Affair of Honor*. A pesar de que Cline está de acuerdo con las exigencias republicanas, también declara que el pueblo "no tenía voluntad para ir a la guerra" y relata las proposiciones de un grupo de hombres de negocios que representaban los intereses de las compañías Southern Pacific Railroad, Phelps Dodge and Company, Green Cananea Copper, y la Compañía Petrolera Mexicana (Mexican Petroleum

Company) de Edward L. Doheny, según las cuales se ofrecería el reconocimiento a cambio de la promesa de elecciones.

Arthur Link fue también aquí la fuente de información de Cline y destaca que el grupo a que se ha hecho referencia también se ofreció como mediador. Para quienes tratan de averiguar dónde están los capitalistas que propagan la guerra, Link prosigue argumentando que, aunque el senador Henry Cabot Lodge buscaba la aprobación de una moción para intervenir en cualquier parte de México con el objeto de proteger vidas y propiedades norteamericanas, es "dudoso" que él fuera el portavoz de una mayoría de su propio partido, para no decir del pueblo, cuyos sentimientos eran "decididamente pacíficos". No es digno de crédito, dice, que los principales dirigentes y portavoces aprobaran también la ocupación de Veracruz. No existe prueba de que los individuos con grandes intereses materiales, o sus representantes, con excepción de Hearst, estuvieran "de cualquier manera agitando en pro de la guerra". El clamor por ella vino después de las incursiones de Villa, y partió de los católicos, de los republicanos, de Hearst y de Roosevelt.¹¹

Cualesquiera que hubieran sido los planes de los hombres de empresa que cambiaban la promesa de elecciones por la intervención, tanto ellos como el presidente Wilson se decepcionarían pronto. El presidente Wilson, desconfiando de Henry Lane, envió a México a William B. Hale, agente especial, quien en seguida informó sobre la participación del embajador en el complot de Huerta y el asesinato de Madero. Antes que Hale hubiera abandonado México, Wilson envió a otro agente, John Lind, ex-gobernador de Minnesota, para hacer a Huerta una proposición: si él estaba de acuerdo en pactar un armisticio, realizar elecciones inmediatas, no ser candidato, y aceptar los resultados de ellas, Wilson lo reconocería. Cuando el secretario de Relaciones Exteriores de Huerta rechazó la proposición como una intromisión en los asuntos internos de México, Lind ofreció ayuda para conseguir un préstamo si Huerta la aceptaba. Esto también fracasó, y así fue como un soborno rechazado desvió la línea política de Woodrow Wilson hacia México.

Cline y Link demuestran que: 1) el ministro de Relaciones de Huerta había señalado que la Constitución Mexicana no permitía la reelección; 2) Wilson tomó tal cosa como promesa de que Huerta no se postularía como candidato, pero 3) Huerta nunca prometió tal cosa. Sin embargo, éste disolvió el Congreso (12 de octubre 1913), de 110 miembros según Link y Herring, 112 miembros según Cline, para elegirse presidente. Link llama a esto el más espantoso acto después de la muerte de Madero. Fabela lo llama "audaz". Bemis, Morison y Commager tienen poco que agregar, salvo que Huerta se convirtió en dictador; pero Herring lo nombra "déspota"; Fagg: "una de las figuras más siniestras de México"; Bravo Ugarte: "sin escrúpulos"; Quirk: "odiado y despreciado" por la mayoría de los mexicanos y ni siquiera un administrador capaz ni "competente" jefe militar; y por último, a la cabeza de todos, Bailey lo anatemiza con el despectivo de "indio de pura sangre".

Para Wilson Huerta debía desaparecer, pero a esto se oponían los ingleses. Ya otras potencias europeas habían reconocido al gobierno de Huerta, y los ingleses tenían evidentes intereses petroleros en México. *The National Experience* subraya esto, y Morison y Commager agregan que la armada británica dependía del petróleo mexicano. Fabela, Cline y Link, señalan que Wilson creía que el petróleo era la razón del apoyo británico a Huerta, y Link añade que hay algo de cierto para creer que el Ministerio del Exterior autorizó a Lord Cowdray, poseedor de la mayor parte del petróleo, a determinar la política de su país en México. Lo que Fagg, Herring, Bailey, Quirk y Fabela dejan de mencionar es que Wilson era capaz de poner en jaque a los ingleses con sólo rectificar un abuso: las cuotas discriminatorias en el Canal de Panamá que violaban el Tratado Hay-Pauncefote de 1900. Para los ingleses, Wilson era más importante que Huerta o que el petróleo. De cinco fuentes que tratan sobre la política mexicana de Wilson, cuatro (historiadores de la América Latina) subestiman este episodio crucial en el desarrollo del conflicto mexicano-norteamericano. Sólo seis (tres especialistas en Latinoamérica y tres historiadores norteamericanos) destacan el episodio.

Pronto se hizo patente, especialmente después del fracaso de la misión de Lind, que la falta de reconocimiento diplomático no constituía, por sí misma, razón suficiente para derrotar a Huerta. Ya Wilson había tratado de embargar tanto las armas destinadas a Huerta como las destinadas a los constitucionalistas, aun antes de que fuera disuelto el Congreso. Taft había hecho tal cosa con los constitucionalistas y antes con los enemigos del gobierno *de facto* de Madero, un hecho que únicamente Bemis aclara. Sobre que Wilson levantara el embargo con el propósito de favorecer a los constitucionalistas no hay duda: todas las fuentes concuerdan; cuándo y dónde lo hizo es ya otro problema.

Herring, Bemis, Morison y Commager, y Bailey no dicen más que Wilson levantó el embargo para destruir a Huerta, el 3 de febrero de 1914. Link, Cline, y *The National Experience* expresan que Wilson actuó así, después de que Carranza había prometido respetar los derechos de propiedad. *The National Experience* dice que actuó "con escepticismo". Pero este poco frecuente elemento en la política exterior wilsoniana era muy flexible. Quirk afirma que el embargo nunca fue suficientemente efectivo, y Cline admite que los constitucionalistas pudieron adquirir armas de la población fronteriza que simpatizaba con ellos. Bravo Ugarte considera el embargo como aplicado parcialmente y cita las palabras del Secretario de Estado William Jennings Bryan para su aserto. Fagg a su vez dice que la "actitud" de Wilson allanó el camino a los enemigos de Huerta para obtener armamento en los Estados Unidos. La diversidad de lo que se dice alcanza una proporción increíble; todavía hay que agregar una más de las tantas anécdotas de Cline: según él Wilson giró órdenes a los agentes aduanales para que "se hicieran de la vista gorda" frente a los envíos de armas, después de conferenciar con uno de los representantes de Carranza sobre la Reforma Agraria y las metas sociales de la Revolución, y antes de que se levantara el embargo. Aun así, haciendo caso omiso de todos estos datos, Isidro Fabela sólo puntualiza las dificultades que los carrancistas tuvieron para el contrabando de armas antes de que el embargo fuera levantado, mientras que Huerta poseía el dinero para importarlas.

Con todo, Huerta no cayó y Wilson se encontró en un *impasse* diplomático. El 9 de abril de 1914 se presentó una oportunidad para salir de él. El almirante Henry T. Mayo había exigido a las autoridades federales mexicanas que saludaran con una salva de 21 cañonazos a la bandera norteamericana como disculpa por el arresto hecho de marinos estadounidenses que cargaban gasolina en el puerto de Tampico. Robert E. Quirk ha hecho el estudio más detallado del suceso y su relato es muy superior a las variadas y aun incomprensibles narraciones de los otros escritores. Quirk describe la tensión centrada en las refinerías de petróleo de Tampico, cuando la armada norteamericana, anclada mar adentro, se ocupaba de proteger las vidas y propiedades de los ciudadanos norteamericanos. Más importante aún, explica Quirk, la ciudad y su petróleo representaban un elemento crucial en la Revolución misma. En 1914, la escisión entre Carranza y Villa empezaba a tomar forma, y éste tenía bajo su control las regiones mineras, algodonerías y ganaderas más importantes del país, las fuerzas de Carranza, acampadas en las afueras de la ciudad, necesitaban del petróleo de Tampico. El punto vulnerable en el ataque, como ambos bandos sabían, era el puente de Iturbide. Un correo diplomático norteamericano, supuestamente fuera de su ruta, tal vez portador de un mensaje para Carranza, había sido detenido por los soldados federales. Así las cosas, los marinos norteamericanos vinieron a cargar gasolina el 9 de abril de 1914, a menos de cien metros del puente y del ferrocarril. Sus barcos a menudo habían remontado el río, pero esta era la primera vez que llegaban a ese punto. Los marinos fueron detenidos y sacados de su bote salvavidas, pero sin maltratos ni injurias, ni hubo escándalo público y las disculpas abundaron; en menos de una hora el bote había desaparecido. Sin embargo, el almirante Mayo no consideraba más que su bote portando los colores de un estado soberano, y lo sintió afrentoso.

El encargado de negocios norteamericano, al traducir para la *Associated Press* las notas mexicanas que describían el acontecimiento, cometió un serio error (desgraciadamente el mismo hecho por Mayo), que Wilson recogió y fue repetido por Samuel Flagg Bemis. Éste consiste en decir que los marinos habían “des-

filado" lo que supone un acto público, y no que se habían simplemente "marchado", como expresaba la nota mexicana. Bemis acepta lo "flagrante" del arresto, pero sólo menciona eso, los "abastecimientos" que los marinos compraron, la salva de 21 cañonazos y la disculpa. Ninguno de los libros de texto parece agregar nada a lo expuesto por Bemis, y todos enredan la historia terriblemente. *The National Experience* dice que los soldados habían "desembarcado" como para entrar a una de las cantinas, mientras que Fagg no explica nada sobre el arresto, ni siquiera sobre las disculpas y da a entender que Wilson y no Mayo las habría pedido. Bailey no es mejor, pero cuando menos destaca las expresiones mexicanas de "excusa". Morison y Commager también las mencionan y ellos, solos en los libros de texto de habla inglesa, sugieren que pudo haber una actitud incorrecta de parte de los marinos, al decir que desembarcaron "sin permiso". Los mismos autores, junto con Fagg, aclaran que Wilson no buscaba más que una excusa. Bravo Ugarte lo considera un incidente "inofensivo" y agrega que no significaba nada en comparación con "las ofensas verdaderas que los carrancistas habían hecho varias veces al Coloso del Norte, sin que mediara ninguna protesta de Wilson". También apunta que los marineros se encontraban en zona prohibida, pero no explica del todo por qué estaban allí y, curiosamente —puesto que defiende a los mexicanos— ni siquiera cita las disculpas de México; parece mantener la falsa idea de que los marineros estaban ahí por motivos en cierto modo siniestros, mientras que al mismo tiempo tal vez se avergüence de que los mexicanos se hubieran disculpado —y de ahí la omisión.

Fabela entra en detalles menores, explica lo relativo a la gasolina, la orden de desembarco, las disculpas, la zona militar invadida sin permiso, y lo absurdo del incidente, y especifica que los soldados fueron detenidos y no arrestados: según él Wilson trataba de crear dificultades y Mayo quería conquistar México, o por lo menos dominarlo económica y políticamente (curioso aserto, en verdad). El relato de Cline es especialmente valioso porque subraya la importancia del petróleo para los revolucionarios, aunque no distingue si para Carranza o para Villa; se refiere a la gasolina, al muelle "prohibido por los federales de Huerta", a

la orden de desembarco, a las disculpas, y a las exigencias de Mayo; habla de la marcha de los marineros a la "prisión" (lo que probablemente no es muy exacto) y no destaca la beligerancia de Wilson, pero sí señala que todo el suceso duró menos de una hora. Link es mucho menos detallista de lo acostumbrado: se refiere nada más al arresto "detrás de las líneas federales", a lo insignificante del incidente, y a la pretensión de Washington a una excusa (respaldo para Mayo) y su rechazo de las disculpas verbales. La diferencia importante entre la relación de Link y las demás es su referencia a que el designio de Wilson era ocupar Veracruz antes del arribo del barco alemán *Ypiranga* que traía armas para Huerta.

Bemis, Morison y Commager, Quirk, Fabela, Cline, y Link, están acordes en que Huerta esperaba explotar al máximo el incidente para consolidar su poder invocando el patriotismo y la unidad nacional. Lo que algunas fuentes discuten es su reacción ante la exigencia humillante del saludo a la bandera.* Quirk explica que finalmente Huerta convino en un saludo por ambas partes; Cline dice que el encargado de negocios de los Estados Unidos pudo convencer a Huerta de dar el saludo siempre y cuando dicho país garantizara responder en la misma forma; Bravo Ugarte presenta de nuevo el hecho parcialmente transformado: según él Wilson habría accedido a que Mayo correspondiera al saludo (esto no sería en realidad una concesión, ya que, de acuerdo con Quirk, Mayo había expresado en su demanda original que correspondería al saludo); para Bravo Ugarte la verdadera proposición de Huerta era un saludo simultáneo o un arbitraje sobre la disputa en la forma prevista por el artículo 13 del Tratado de Guadalupe-Hidalgo, según el cual, cualquiera de los países podría solicitarlo; interesante punto, en especial si se piensa en la falta de interés de Wilson por los precedentes diplomáticos. Lo turbio de este asunto se enloda más con la observación de dos fuentes de la historia norteamericana: Morison y Commager relatan que la proposición huertista de un saludo por otro fue hecha "sarcásticamente". Link diría además que Huerta pidió que el

* Hubo, inclusive, la demanda de una disculpa escrita y del castigo del oficial encargado del arresto, que nunca fue importante en el conflicto.

saludo fuera correspondido descarga por descarga porque “no le era indiferente” el carácter de una situación en que los Estados Unidos exigían oficialmente una obligación internacional de un gobierno con quien tenían tratos pero al que no reconocían; Wilson no aceptó, dice, porque hubiera equivalido al reconocimiento. Cline, que una vez más parece decir todo lo que hay que decir, combina los puntos de vista de Bravo Ugarte y Link, habla de Wilson, y observa lo “caprichoso” de la petición de arbitrio de Huerta, pero no menciona el Tratado de Guadalupe-Hidalgo.

La única fuente sobre el incidente de Tampico que no he discutido aún es el libro de texto de Hubert Herring. La razón por la que no lo he hecho radica en que su relato sirve muy bien como introducción a los acontecimientos de la toma de Veracruz; ahí confunde las dos historias con una ineptitud asombrosa. Dice que los marinos desembarcaron en Tampico y trataron de detener a un barco mercante alemán con armas para Huerta. Fueron arrestados por “agentes” de Huerta e inmediatamente puestos en libertad. Wilson, “nada contento con las disculpas de Huerta, envió la flota a Veracruz, donde los marinos desembarcaron y tomaron la ciudad, proclamaron la ley marcial y mataron a unos cuantos mexicanos”. Esto es en realidad una versión condensada de los episodios. Wilson pudo haber actuado precipitadamente y pudo haber tomado Veracruz con el fin primordial de castigar a Huerta, pero tuvo algunas excusas para actuar así. ¿Cree Herring que Huerta debía disculparse por tratar de impedir que Wilson capturara sus armas?

De hecho, habría otras excusas además de la de Tampico. Quirk, Fabela y Cline hablan de dos incidentes sin importancia: el arresto de un correo diplomático y la tardanza de un despacho oficial del Departamento de Estado, que hicieron llegar a Wilson a la conclusión de un “premeditado desprecio” hacia su país por parte de Huerta. Antes de que el Congreso aprobara el uso de la fuerza para mantener “los derechos y la dignidad” de los Estados Unidos, probablemente en Tampico, el *Ypiranga* se acercó a Veracruz y Wilson giró las órdenes que detendrían el envío de armas por el apoderamiento de la aduana de ese lugar, el 21 de abril de 1914. Quirk explica que Wilson originalmente, sólo

quería tomar la aduana, pero debido a las leyes mexicanas vigentes desde la ocupación francesa, que prohibían la cooperación con los invasores, ningún funcionario quiso trabajar para ellos y la marina se vio obligada a tomar la ciudad.

Morison y Commager dejan de mencionar al *Ypiranga*, tal vez porque siguieron el relato de Link, para quien Wilson tenía la intención de ocupar todo Veracruz, y el arribo de las armas, sólo habría precipitado la acción. De los historiadores norteamericanos son los únicos que no señalan que Wilson solicitó la aprobación del Congreso antes de actuar. Ni siquiera Quirk pone en duda el hecho de que el presidente de los Estados Unidos, después de todo, no era tan arbitrario como para no tomar en cuenta al Congreso en la dirección de su política exterior.

El problema de las bajas, si no es realmente importante, de todas formas es enfadoso y también, tal vez, indicativo de la confusión de los historiadores en todos los aspectos referentes a la intervención de Wilson. Bemis dice que la ocupación tuvo lugar "no sin un considerable derramamiento de sangre". Herring habla de que se disparó sobre unos "cuantos" mexicanos. Fagg, del bombardeo que causó "la muerte de unos 300 mexicanos". *The National Experience* menciona que sólo "algunos norteamericanos" fueron muertos. Morison y Commager encuentran "pérdidas leves" entre los marinos y "unos cientos" de bajas mexicanas. Bailey es más específico: 19 norteamericanos y 126 mexicanos muertos, que es la relación oficial de los Estados Unidos, de acuerdo con Link. La cantidad de 19 la aceptaron Cline, Quirk y Bravo Ugarte; sin embargo Quirk habla de cuando menos 200 mexicanos muertos, posiblemente "civiles no combatientes" en su mayoría; Cline da la cantidad de 300 mientras que Bravo Ugarte no la especifica y dice que muchos que no incluyen a los sacrificados después, "cuando les aplicaron la ley fuga", o como se quiera entender. Todas las obras de los mexicanos, excepto *Cincuenta Años*, se extienden y detallan la acción de los héroes en su defensa, especialmente la de los cadetes de la Escuela Naval que sufrió el bombardeo de la marina de los Estados Unidos. Teja Zabre abunda en lo mismo, pero Quirk demuestra que muchos de los defensores de la ciudad fueron prisioneros armados y aban-

donados a su suerte por las tropas federales que se retiraron. Fabela culpa a Huerta por haber retirado el ejército y eleva la cantidad de muertos mexicanos a 1 000.

Fagg habla del "satisfactorio esfuerzo" para desembarcar las armas y parece dar a entender que aconteció en Veracruz. Pero no sucedió así: Quirk, Cline y Fabela aclaran el hecho irónico de que las armas desembarcaron de todas formas en Puerto México. Al mismo tiempo, estos tres ponderan, de cualquier modo, la importancia que tenía la ciudad para Carranza y la Revolución cuando los Estados Unidos se retiraron el 23 de noviembre de 1914. Quirk declara que Carranza, para aprovisionar sus ejércitos y obtener los ingresos aduanales, necesitaba urgentemente controlar el puerto antes de romper las hostilidades con Villa, así, simuló una petición de quienes trabajaban con los invasores, según la cual confiaban en que él los trataría ecuanímente; Wilson estaba tan desesperado por salirse a esas alturas, que aceptó el fraude a pesar de las advertencias del cónsul norteamericano. Fabela, consejero de Carranza, como era de esperarse, da crédito a la petición, mientras que Cline explica que el único problema de los Estados Unidos era convencer a Villa de que la retirada no era un plan para ayudar a Carranza; Quirk pone en claro que sólo los carrancistas estaban bastante cerca de Veracruz para aprovechar la situación y en posesión de la ciudad serían capaces de derrotar a Villa. Por lo tanto, parece que aunque Wilson haya tratado de evitar la intervención, intervino de todos modos.

Ciertamente que Wilson quería retirarse de México: nunca intentó ocupar algo más que la aduana. En su auxilio vino el ofrecimiento de Argentina, Brasil y Chile como intermediarios, que si bien fue un fracaso, dio el tiempo necesario para encontrar una salida; la única posible, como Quirk y Fabela indican: la que correspondía al pueblo en los campos de batalla de México.

Casi todas las fuentes insisten, de una forma u otra, en que 1) la mediación agradó a todos porque podía evitar la guerra, pero que 2) Wilson insistió en que se discutieran sólo los asuntos internos de México, 3) Carranza la consideró como una interferencia y se rehusó a discutir, mientras que 4) a Huerta obviamente no le gustó la "solución" wilsoniana puesto que sólo le

interesaba discutir la crisis internacional. Link agrega que una delegación carrancista se reunió en secreto con representantes de los Estados Unidos; Cline cree que todo no fue otra cosa que un subterfugio que engañó a Wilson y ayudó a Carranza, y Fabela piensa que la proposición de armisticio era un complot huertista; pero todos los relatos concuerdan al referirse a la función de los intermediarios. Causa sorpresa que las únicas fuentes que no hablan de esta mediación sean los libros de texto referentes a Latinoamérica de Herring y de Fagg.

También Herring y Fagg, Bemis, Bailey y *The National Experience* omiten lo que sin duda fue el más estupendo de todos los desatinos wilsonianos: el hecho de apoyar a Villa sobre Carranza. De acuerdo con Link, después de que ambos se separaron a la caída de Huerta, y cuando Villa dio señales de buena voluntad hacia los consejos de Wilson, “deponer a Carranza y entronizar a Villa se convirtieron en el objetivo principal del gobierno norteamericano”.¹² Cline es menos explícito sobre la actitud de Wilson ante la misión de Fuller, y señala solamente que cuando éste hubo expresado que los Estados Unidos podían permanecer en Veracruz todo el tiempo que quisieran, la actitud fue “favorable”. Morison y Commager designan eso como una “ineptitud incomparable”. Quirk y Fabela se refieren a los comentarios de Bryan sobre este “‘magnánimo y noble ciudadano’”, mientras que Bravo Ugarte sólo alude a las estrechas relaciones entre Villa y los Estados Unidos. Fabela reconoce que Villa estaba más animado y parece simpatizar con la forma como a los Estados Unidos pudiera no gustar la independencia de Carranza.

Link dice que la misión de Paul Fuller fue el resultado del deslumbramiento provocado por Villa, algo que Cline no acepta, e indica que los informes de Fuller convencieron a Wilson de que Villa debería ser presidente. No parece dudoso que el tercero de los agentes especiales de Wilson jugara un papel en esta política, de la misma manera que Hale y Lind lo habían hecho al solicitar la intervención contra Huerta. En verdad estos agentes fueron elementos claves tanto en la metodología como en la formulación de la política mexicana de Wilson y considerar su actividad debe

hacer parte de cualquier apreciación de ese presidente y su actitud internacional.

A final de cuentas Carranza triunfó, cuando menos temporalmente, en la turbulenta política revolucionaria mexicana. Villa consiguió provocar la intervención militar norteamericana de la desatinada expedición de Pershing, pero Carranza continuó insistiendo en la soberanía mexicana y rehusó permitir que Wilson se entrometiera en los asuntos internos de su país. Al irse dando cuenta del error cometido al apoyar a Villa, el secretario de Estado, Robert Lansing, para guardar las apariencias convocó a otra conferencia de ministros latinoamericanos que ungiera al gobierno de Carranza con el reconocimiento: irónicamente, éste se realizó sin que hubiera habido elección alguna.

Es imposible decir cuál de los dos libros de texto de historia latinoamericana es mejor en el análisis sobre la intervención de Wilson. Ninguno parece evaluar los conflictos históricos y los dilemas morales envueltos en ella, que, en mi opinión, es la más interesante y significativa de todas las intervenciones Yanquis en Latinoamérica precisamente porque Wilson no intervino gracias a "Wall Street". Fagg, que nunca menciona a los agentes de Wilson (como no había mencionado al almirante Mayo) califica a Wilson de "presidentes moralistas norteamericanos" y a la ocupación de Veracruz, como un "golpe fatal" a Huerta; pero es ambiguo en su evaluación de la política al decir sólo que siguió "un proceso cuyas razones pueden ser ampliamente debatidas". Herring por lo menos menciona a los dos primeros agentes, si bien no da sus nombres, y califica como "decisivos" para terminar con el gobierno de Huerta, el reconocimiento, el comercio, y la actitud respecto a las armas, pero curiosamente no a la ocupación en sí; falla en su evaluación de los méritos de la política de Wilson, que solamente reflejaba su "determinación quijotesca para 'enseñar a los latinoamericanos a elegir a los hombres buenos'" —lo que puede ser verdad, pero difícilmente incita a la reflexión.

En contraste con Herring y Fagg, los libros de texto mexicanos tienden a tratar solamente lo que directamente les concierne y se olvidan de incluir la política de Wilson. Teja Zabre es breve

pero observa la “injusta e inútil intervención militar” en Veracruz y la explica como maquinaciones del capitalismo internacional. *Cincuenta Años de Revolución*, aunque menos determinista, también ve la intervención no como política personal de Wilson sino como parte de un problema internacional más amplio; destaca la resistencia de Carranza a “todas las ocupaciones de territorio extranjero” aun cuando lo favorecieran y “estuvieran animados por los propósitos más nobles”: una sugerencia, sin una observación explícita, de que Wilson estaba por lo menos animado por nobles propósitos; también considera que la política mexicana de resistencia a todas las formas colectivas de mediación internacional y aun a la discusión de problemas internos, se deriva de la oposición de Carranza a la intervención del ABC. Bravo Ugarte, aunque entiende que sólo la misión de Lind merece ser discutida, realiza un examen detallado de la política general de Wilson; exagerando la nota, destaca la importancia de sus esfuerzos por derrotar a Huerta y considera su política como “de gran éxito entre los revolucionarios mexicanos”, pero inequívocamente la condena junto con su autor; así, la sección sobre “la ofensiva de Wilson” empieza despiadadamente: “Woodrow Wilson (1856-1924), presidente de los Estados Unidos de 1913 a 1921, fue un psiconeurótico anormal que terminó inválido su segundo periodo presidencial”. Cita en seguida la intención de “enseñar a las repúblicas sudamericanas a elegir los hombres debidos”, y habla de su “pasión” por “el 85% de desvalidos de la república (de México) [*sic*], que ahora están luchando por la libertad”. Satiriza la versión wilsoniana de que su comprensión de México le vino en un “intervalo lúcido” diciendo que “este intervalo demoró mucho en llegar y mientras tanto desarrollaba su atentatoria política mexicana”. Bravo Ugarte no consideró necesario agregar más.

La actitud es sólo implícita, si es que la hay, pero vagamente intuyo que el rechazo verdadero de Bravo Ugarte a la política de Wilson está ligado a su rechazo de la Revolución Mexicana; su defensa de México raya en una defensa de Huerta, ni simpatiza con Wilson ni alaba a Carranza. Es precisamente en estos aspectos que los historiadores norteamericanos contrastan y difie-

ren como Bravo Ugarte: en particular ellos aprecian la moralidad de Wilson y su difícil posición en la política norteamericana.

The National Experience considera que “las desinteresadas intenciones [de Wilson] lo llevaron a entrometerse en los asuntos mexicanos”. Sus agentes, anotan los autores, confirmaron el rechazo de Wilson a Huerta “pero también lo indujeron erróneamente a creer que los Estados Unidos podrían decretar una solución a los problemas de sus vecinos”. Wilson resistió grandes presiones domésticas, de *gingoes* y católicos; no permitió que las desgraciadas circunstancias obscurecieran “su comprensión de los laudables objetivos” de la Revolución, y “su moderación se impuso a su deseo de acción”. Al tratar de imponer moldes norteamericanos ofendió peligrosamente a quienes había querido ayudar, pero “triunfó especialmente al entender la necesidad de reforma en México; ningún otro gobernante poderoso fue tan comprensivo y amistoso. A pesar de sus cálculos erróneos, a la postre, el presidente protegió la causa de la reforma agraria y política”. Así lo expresa el liberal norteamericano: Wilson juzgó; nosotros juzgamos; y ambos juzgamos correctamente.

Thomas Bailey asume una posición similar pero menos elaborada: explica cómo un defensor de la Nueva Libertad en su propio país resentía que su idea pudiera servir contra la libertad en el exterior; evidentemente pensando en los propagandistas de la guerra, Bailey sostiene que la política de Wilson “a pesar de ciertos cargos de debilidad de carácter” tenía mucho de encomiable: “la rectitud wilsoniana, a pesar de los serios desatinos, emergía triunfante del embrollo mexicano”. Bailey, en verdad, parece creer lo mismo que Wilson ya que lo cita aprobándolo: “‘Podemos darnos el lujo’ —había el presidente dicho al Congreso en 1913— de ejercitar la automoderación como verdadera gran nación, que se da cuenta de su propia fuerza y menosprecia el mal uso que de ella pueda hacerse”.

Morison y Commager, al igual que Bailey, dejan de mencionar el papel que los agentes de Wilson desempeñaron en la formulación de su política, y no van tan lejos como para alabar la automoderación de Wilson en el uso del poder, pero sí enfatizan su poca inclinación a la guerra y su simpatía por el pueblo,

en este caso opuesto al gobierno de México; como Bailey, sin embargo, ven la política de Wilson como un elemento que favoreció la caída de Huerta. Pero la más importante contribución de Morison y Commager, consiste en la explicación de cómo Wilson, al rehusar el reconocimiento tradicional *de facto*, se acorraló de modo que le quedaban sólo dos pésimas alternativas si Huerta no caía: 1) la intervención, que era una invitación al imperialismo, y 2) una notable pérdida de prestigio.

Posiblemente a este último punto hace referencia Samuel F. Bemis cuando señala cómo “las interpolaciones diplomáticas lo condujeron a intervenciones forzadas”, aun cuando se consideraba antintervencionista: “Del modo característico, se había puesto en un lugar tal, que no podía retirarse hasta que hubiera derrocado a Huerta sin dañar el prestigio de su país y sin hacer que su propio propósito moral apareciera como estulto”.¹³ Bemis aprecia, pero no comparte, la preocupación de Wilson por el autogobierno y la voluntad popular, la Biblia, Burke y Bagehot; para él la acción de Wilson abrió las “compuertas” de la muerte y la destrucción. Aun cuando no se opusiera a las otras repúblicas latinoamericanas, que “en su gran mayoría” tenían confianza en él y “estaban convencidos de su integridad”, su política era sencillamente impracticable. ¿Quién debe juzgar a un gobierno?: “Ahí, cuando persigue la voluntad del pueblo fuera de su propia tierra, el wilsoniano se siente abrumado, o en última instancia llega a estarlo, aun sobre la base de sus propios principios de gobierno autónomo, por un enredo de dificultades al aplicar su sistema de juicio a las revoluciones surgidas frente a constituciones diferentes a la suya propia.” A menudo un gobierno controla las elecciones, y “negar el derecho de la revolución contra tal sistema, sería para frustrar el verdadero gobierno autónomo.”¹⁴ Más allá y a pesar de los enunciados de la reforma agraria, de la paz, y del gobierno autónomo, Bemis destaca que la verdadera preocupación de Wilson se relacionaba con los motivos tradicionales de la seguridad continental y la protección del Canal de Panamá.

Si el pragmatismo es la prueba de una política en Bemis, Fabela la aplica a un caso específico y encuentra que la política

de Wilson adolece de muchos defectos; no sorprende que no acredite el efecto de esa política en el triunfo definitivo de su jefe y enfatice la permanente resistencia de Carranza a la intervención de Wilson, aún contra Huerta, y al mismo tiempo, simpatice profundamente con las metas de Wilson. Continuamente se refiere a él como un “hombre culto” y como “un decidido amigo de la libertad”, que se opuso a las exigencias internas de una guerra con México; pero el pueblo en armas, dice Fabela, y no Wilson, debía juzgar: sus “humanitarias palabras”, llegaron en la práctica a ser “hechos liberticidas”.¹⁵ Fabela se preocupa por los dos primeros agentes, Lind y Hale, y encuentra que Lind es un buen hombre pero que realiza una labor ingrata. Tanto Bryan como Wilson —Fabela lo expresa correctamente— eran inexpertos en asuntos extranjeros, una poderosa nación como los Estados Unidos hubiera podido ayudar, pero Wilson tenía “una absoluta falta de comprensión sobre la Revolución Mexicana y la psicología de nuestro pueblo.”¹⁶ Su plan era teóricamente apropiado pero totalmente inaceptable para los revolucionarios. ¿Podía él realmente creer que las elecciones se llevarían a cabo en medio de la Revolución? El pueblo sólo pedía “terminar su aguda crisis por medio del total aniquilamiento de uno de los bandos en pugna.”¹⁷ Su incompreensión de las causas sociales y de las esperanzas que representaba la Revolución era “sorda y estéril”. Estos actos ilegales sólo podían ser “una aberración inexplicable en un hombre de su inteligencia y cultura.”¹⁸

Fabela encuentra la explicación de lo sucedido en las ideas de superioridad racial que conducen a la discriminación contra los negros y mexicanos “inferiores”, tanto en el país como en el extranjero. Ciertamente, las actitudes de Page y Wilson, el presidente que introdujo la ley Jim Crow en la burocracia federal, podrían sustentar tal explicación. Robert Quirk, está de acuerdo con Fabela en este punto al igual que en muchos otros: “Si la política mexicana de Wilson fue un fracaso —y a todas luces lo fue— se debió precisamente a que nunca perdió su aire magisterial al tratar con aquellos que consideraba sus inferiores. Los

mexicanos simplemente no hubieran podido aceptar tal lección, menos viniendo del presidente de los Estados Unidos.”¹⁹

Aunque Quirk acepta la idea de que una vez que Wilson hubo decidido eliminarlo Huerta ya no tenía esperanzas, sustenta el punto de vista de Fabela sobre la ignorancia de Wilson y sus agentes: los últimos fueron un “grupo curioso e inapropiado.”²⁰ Ellos y otros consejeros novicios de Wilson, no hablaban español generalmente y no habían estado nunca en México. Lind, comisionado para ver al Huerta mantenido por la iglesia, era un anticatólico intransigente; mientras que Fuller, enviado a conferenciar con los revolucionarios, resultó sospechoso por ser católico. Todo el tiempo que los agentes estimulaban la intervención, Carranza, el enemigo de Huerta, la denunciaba. Tan testarudo como Wilson era Carranza, y de acuerdo con Quirk, “era un digno pedernal para el acero de Wilson”.

Convencido del paraíso político de la filosofía del siglo xviii y de la piedad calvinista, Wilson “vio lo que quería ver” y “creyó en lo que quería creer.”²¹ Todo lo que sabía del incidente de Tampico consistía en una versión confusa del informe de Mayo en la “fraseología recortada de los telegramas oficiales,” pero tomó una decisión en el instante mismo en que recibió el informe: “Nada fortalece la confianza de un hombre en su propia rectitud más que la poca información” —dice Quirk— y Wilson, con su “predilección por una presidencia poderosa” tendía a bastarse sin el consejo ajeno, y poseía una “convicción casi perversa de que él, y sólo él, estaba en lo justo.”²²

A una nación pequeña y débil, arguye Quirk, le es mucho más difícil que a una gran nación ceder arriesgando su orgullo y su honor, y Wilson jamás pensó, ni por un momento, que los mexicanos podrían oponerse a la ocupación. Tal como sostienen Morison y Commager, y Bemis, Wilson quedó encajonado al no reconocer a Huerta; Quirk por su parte cree que Wilson proseguía sin tener un plan coherente, “cada día sin pensar en el siguiente”, dejando que la política se desarrollara “por sus propios acontecimientos”²³: así, después de la ocupación, se olvidó de todo lo referente a la carga del *Ypiranga* y permitió que desembarcara en Puerto México. Reconoce los buenos sentimientos

de Wilson pero no le perdona su ceguera y, en última instancia, lo impracticable de su política; en realidad, mientras los demás historiadores norteamericanos tratan de alabar a Wilson por su idealismo (al no seguir el consejo de los residentes norteamericanos en México), Quirk lo critica por su falta de interés en sus vidas y propiedades: "Wilson pensaba, evidentemente, que la mayor parte de ellos había ido a México a explotar al pueblo mexicano."²⁴

Aunque Quirk no tenga dudas sobre el fracaso de la política wilsoniana, Cline cae en el molde dudoso de Herring y Fagg ("No hay un acuerdo general sobre el éxito de la política mexicana de Wilson"²⁵) y encuentra "curioso" que Wilson esté en la lista de los villanos mexicanos, junto con Huerta y Henry Lane Wilson. Él opina que la toma de la aduana es la clave para la caída de Huerta, pero reconoce el fracaso de los tres agentes estadounidenses, su falta de experiencia, su intolerancia a la crítica y su dudosa distinción entre gobiernos "buenos" y "malos", y repite las observaciones de Quirk respecto a la carencia de planes y a la conmoción de Wilson por el derramamiento de sangre. Al resumir la situación, Cline encuentra que el episodio contiene sus propias lecciones: que los problemas internacionales no se resuelven con fabricar lemas, y que la virtud no sustituye a la reflexión ni a la eficiencia de los colaboradores. Wilson "rodó de crisis en crisis" y casi puso a la nación en pie de guerra cuando trató de llevar una revolución nacionalista a una determinada conclusión.²⁶

Cline, lo mismo que Quirk, no destaca la restricción de Wilson para no intervenir más de lo normal. Arthur Link, sin embargo, como la mayoría de las fuentes de la historia norteamericana, señala este punto con vigor. Más aún, encuentra que el efecto acumulativo de las medidas políticas de Wilson en gran medida hizo posible el grandioso experimento de México. "La raíz de las dificultades y la causa primordial de su fracaso fue que, para conseguir un objetivo recomendable, utilizó las tácticas erróneas."²⁷ Aunque parece alabar la designación de Fuller como agente porque era católico, en otros casos Link parece entender mejor las susceptibilidades revolucionarias, y en

particular la sólida independencia de Carranza. Su idea se recoge en las palabras con que Morison y Commager ilustran el punto de vista de los historiadores norteamericanos en general: "aun así [a pesar de las amargas relaciones México-norteamericanas en muchos años por venir] las futuras generaciones podrán olvidar sus errores y tal vez el pueblo de México algún día recuerde que él, casi solo, sin Europa, se mantuvo durante los días de la tiranía huertista, resistió a las fuerzas poderosas que en los Estados Unidos buscaban el fracaso de la Revolución, y rehusó la guerra en el momento en que ésta podía asegurar su reelección."²⁸

Esta cita, según la veo, ilustra tanto la fuerza como la debilidad de los puntos de vista de los historiadores norteamericanos. La fuerza estriba en la evaluación del contexto de la política, la internacional y particularmente la nacional, que influyeron en las relaciones exteriores de Woodrow Wilson. La política internacional no puede ser entendida en el vacío, ningún dirigente de un país puede actuar independientemente de la situación nacional o de la práctica seguida por los dirigentes anteriores; el único de los historiadores mexicanos y norteamericanos que parece entender el dilema wilsoniano es Isidro Fabela. Aunque Roberto Quirk en casi todos los casos proporciona el mejor análisis de la intervención, se atreve a decir que el pueblo norteamericano estaba tan entusiasmado por la guerra con México que se hubiera "apiñado bajo los colores", detrás de Wilson, e inexplicablemente, al mismo tiempo lo condena por no haberse lanzado a la guerra, y ni qué decir que por no haber intervenido más.

La principal debilidad del punto de vista de los historiadores norteamericanos, creo, descansa en la implícita suposición de que Woodrow Wilson tenía un cierto derecho para juzgar a México. Sólo Bemis —y en cierto sentido Morison y Commager— llega a decir que tratar de juzgar la política de otro país es, en sí mismo, impracticable. Allí descansa la suposición fundamental de los historiadores liberales: pensar que ellos, como Wilson, tienen el derecho a juzgar, y que, cuando menos, Wilson juzgó correctamente; sus sentimientos eran favorables a la Re-

volución porque ella era buena, y el verdadero problema, queda implícito, no fue la intervención, sino lo disparatado de ésta. Aun para Bemis parece que la intervención habría sido aceptable si hubiera sido práctica. Me parece que de este mismo tipo de reflexión resulta la alabanza liberal a la hábil intervención de John F. Kennedy contra el régimen "malo" de Trujillo en la República Dominicana; y eso mismo ocasiona que los historiadores norteamericanos ignoren a William Toward Taft, que fue un legalista y traicionó la política progresiva de intervención de Theodore Roosevelt. No se le elogia por haber aprendido la lección en su experiencia filipina, ni por el embargo que impuso a los enemigos de Madero aun cuando no simpatizara con él, ni por su firme rechazo a la intervención: su oposición a las maquinaciones de Henry Lane Wilson no aparece en ningún libro de texto norteamericano de historia.

Los historiadores mexicanos, lo mismo que Quirk, no defienden a Taft, aunque con firmeza niegan a cualquier extranjero el derecho de intervenir en los asuntos de México; rechazan incluso el "monroísmo" intelectual, para usar una palabra de José Vasconcelos. Quirk, Fabela y Bravo Ugarte, niegan el derecho a juzgar, sin que importe si el juez lo hace "correctamente"; aun Cline señala esto con bastante energía, aunque tienda a destacar lo impráctico de la intervención casi tanto como Bemis, y únicamente Herring y Fagg, entre los historiadores latinoamericanos y mexicanos, prefieren quedarse, como siempre, sin expresar opiniones, y sus obras quedan sin sentido.

Los libros de texto, lo admito, no pueden decirlo todo, pero la cantidad de aquello sobre lo que no dicen nada es verdaderamente sorprendente. Entre las fuentes, incluyendo las monografías, la falta de concordancia es también mayor de lo que pueda imaginarse. Más aún, si bien Cline se las arregla para mencionar todo lo que los demás mencionan, con frecuencia causa mayor confusión en el proceso.

Me pregunto con sinceridad si sería mejor, en honor de la profesión, que los historiadores no dijeran nada del todo y no que digan tan poco y tan equivocadamente. Teja Zabre y *Cinuenta años*, por supuesto, casi no dicen nada sobre lo que ahora

tratamos, pero cuando menos en lo que dicen no hay error, y en esto son superiores a Herring, que casi en todo yerra. Fagg sigue con honestidad la historia, pero también tiene equivocaciones. Pudiera pensarse en Bailey para salvar este naufragio histórico, pero resulta obviamente inadecuado, pues omite puntos claves, y no se le puede perdonar su actitud melodramática de "mostrar la suciedad de todos", como su descripción de Huerta: "indio de pura sangre". Lo peor es que este texto es muy común actualmente en las escuelas secundarias de los Estados Unidos.

Las otras fuentes son, al menos, adecuadas y competentes: *The National Experience* debió de haber mencionado el apoyo de Wilson a Villa, pero al igual que la obra de Morison y Commager, es valiosa por su concisión, algo que Fagg y Herring deberían aprender. Bravo Ugarte también realizó un excelente trabajo, aunque más extenso; dejó de mencionar sólo la tradición del reconocimiento *de facto* y las presiones políticas sobre Wilson, que nunca mencionan los historiadores mexicanos y latinoamericanos (con excepción de Fabela). Además, Bravo Ugarte señala la cuestión sobre las cuotas de Panamá y el interés de Wilson en Villa, dos puntos omitidos por la mitad de las otras fuentes.

El estudio de Bemis, además de una erudición extensa, demuestra un enfoque analítico original; pone énfasis en lo impracticable de la intervención, y sólo él sostiene que tras otros motivos, Wilson se interesaba por las razones tradicionales de la seguridad continental y por la protección del canal de Panamá; como Morison y Commager, analiza la actitud wilsoniana de embrollarse hasta que no le quedaban más que soluciones negativas.

Creo que Cline sería una fuente insuperable si no fuera tan insubstancial en sus opiniones y si no hubiera recogido todas las opiniones indiscriminadamente. Este tratamiento contrasta desfavorablemente con el de Link, que con muy pocas palabras combina la erudición esmerada con un punto de vista coherente y bien balanceado. Se muestra agudo al oponerse a los otros historiadores en dos puntos: la supuesta beligerancia de Wall

Street y la falta de intencionalidad del hecho de que Wilson no intentara ocupar Veracruz antes de que el *Ypiranga* llegara al puerto.

Fabela y Quirk son las mejores fuentes, no sólo porque son las más extensas sino también porque son quienes mejor presentan los puntos de vista de México y los Estados Unidos. De hecho, cada uno creo, entiende mejor al otro país que al propio. Fabela puede al mismo tiempo entender la moralidad de Wilson, apreciar las presiones políticas domésticas que sufrió, y denunciar su política inequívocamente. Sólo le escapan la tradición del reconocimiento *de facto* y el problema sobre las cuotas del canal de Panamá, entre los puntos importantes. La principal debilidad de Fabela consiste en ser pro-mexicano y, desde luego, pro-carrancista; es el único que muestra cuánto lastimó a Carranza el embargo, y es uno de los pocos que niegan que Wilson hubiera contado para la derrota de Huerta y en la victoria de Carranza; exagera también el número de mexicanos muertos a causa de la intervención. Pero la fuerza de su libro queda ejemplificada en el hecho de que, siendo tan abierto de criterio, puede llegar a entender por qué el pueblo de los Estados Unidos prefirió a Villa sobre Carranza en un principio.

La fuerza de Robert Quirk está en el claro entendimiento de los efectos que tuvieron, en el contexto de la Revolución y en el balance del poder entre Carranza y Villa, las acciones de Wilson en Tampico y Veracruz; nadie más demuestra igual conocimiento de esos puntos. La debilidad principal de Quirk, sin embargo, contrasta con el vigor de Fabela: él al parecer no está capacitado para evaluar el carácter y los problemas de Wilson, y lo considera casi como el único factor en la intervención. Lo que es peor, no sólo fracasa al tratar las presiones que se ejercieron sobre él, sino que nunca menciona el hecho de que Wilson pidió autorización al Congreso para actuar en México. En realidad, Quirk lo critica por algo en lo que la mayoría de los historiadores norteamericanos lo alaban: la falta de preocupación por las vidas y propiedades de los ciudadanos de los Estados Unidos residentes en México.

Creo que puedo llegar a la conclusión de que la calidad ge-

neral que predomina en varias fuentes, raya en lo excelente, y no obstante el tipo de preguntas básicas, como las que formulé al principio de este ensayo, permanecen sin respuesta: ¿Podría un idealista como Wilson, en oposición a un legalista práctico como Taft, haber actuado de otra manera?, es decir ¿lo empujó su sentido idealista a intervenir para tratar de ayudar a una nación en conflicto, aun cuando ésta se opusiera a la intervención? Si así fuera, ¿implicaría ello que los Estados Unidos están dispuestos a intervenir en otros países cuando sus guías más idealistas y progresistas se encuentran al frente del gobierno, o sea, cuando la cultura norteamericana está representada por sus hombres más notables? ¿Implica esto, a su vez, que el conflicto con México significa un agudo choque cultural entre Latinoamérica y los Estados Unidos? Los historiadores norteamericanos parecen pensar aún como Wilson ante el rechazo latinoamericano respecto a su derecho a juzgarlas. La mayoría de los historiadores a ambos lados del Río Bravo, lo hemos visto, no profundizan cuando hablan del "pueblo" y solamente lo utilizan para sostener sus ideas. Sólo Quirk y Fabela llegan a sugerir que existe un amplio problema cultural, sea o no de carácter racial; Quirk señala en su prefacio que todavía subsisten muchas de aquellas actitudes de superioridad y beneficencia norteamericana hacia los pueblos "sub-desarrollados"; se podría ir aún más lejos y decir que los conflictos con Latinoamérica empeoran precisamente cuando los Estados Unidos asumen una posición más idealista: lo trágico es que cuando más desean ayudar, más yerran. Quirk se acerca a este punto al explicar que la intervención de Wilson fue especialmente negativa porque aparecía hipócritamente revestida del "ropaje sagrado del idealismo";²⁹ pero él está tan predispuerto contra Wilson que no observa que era tan negativo debido en cierta medida, a su gran bondad. Wilson se consideraba a sí mismo como un anti-intervencionista, y Fabela se equivoca al calificar sus acciones como una "aberración inexplicable": sus acciones derivaban de su idealismo, el mismo idealismo que promovió la actitud progresista en su país; el mismo, también, que podría llevar a los futuros presidentes de los Estados Unidos a mayores conflictos con Latinoamérica.

NOTAS

¹ HENDRICK, Burton J.: *The Life and Letters of Walter Hines Page*, Garden City, N. Y., 1924, p. 188.

² *Ibid.*, p. 189.

³ FAGG, John Edwin: *Latin America: A General History*, Nueva York, 1963, pp. 705-715; y HERRING, Hubert: *A History of Latin America*, 2ª ed., Nueva York, 1961, pp. 354-362.

⁴ BLUM, John M. (et al.): *The National Experience*, Nueva York, 1963, pp. 554-557; BAILEY, Thomas A.: *The American Pageant*, Boston, 1956, pp. 701-705; MORISON, Samuel Eliot y COMMAGER, Henry Steele: *The Growth of the American Republic*, 5ª ed., Nueva York, 1962, pp. 539-544.

⁵ BRAVO UGARTE, José: *México independiente*, Barcelona, 1959, pp. 300, 314, 319-325, 347; TEJA ZABRE, Alfonso: *Historia de México*, México, 1935, p. 365; BELTRÁN, Enrique (et al.): *México: Cincuenta años de Revolución*, México, 1963, pp. 307-308.

⁶ LINK, Arthur S.: *Woodrow Wilson and the Progressive Era*, Nueva York, 1963, pp. 107-144.

⁷ FABELA, Isidro: *Historia diplomática de la Revolución Mexicana*, 2 vols., México, 1958.

⁸ QUIRK, Robert E.: *An Affair of Honor*, Nueva York, 1962.

⁹ BEMIS, Samuel Flag: *The Latin American Policy of the United States*, Nueva York, 1943, pp. 168-184.

¹⁰ CLINE, Howard F.: *The United States and Mexico*, Cambridge, Mass., 1963, pp. 125-174.

¹¹ LINK: *op. cit.*, p. 125.

¹² *Ibid.*, p. 129.

¹³ BEMIS: *op. cit.*, p. 178.

¹⁴ *Ibid.*, p. 173.

¹⁵ FABELA: *op. cit.*, p. 346.

¹⁶ *Ibid.*, p. 310.

¹⁷ *Ibid.*, p. 199.

¹⁸ *Ibid.*, p. 331.

¹⁹ QUIRK: *op. cit.*, p. 3.

²⁰ *Ibid.*, p. 32.

²¹ *Ibid.*, p. 3.

²² *Ibid.*, pp. 28-30.

²³ *Ibid.*, p. 73.

²⁴ *Ibid.*, p. 113.

²⁵ CLINE: *op. cit.*, p. 136.

²⁶ *Ibid.*, p. 162.

²⁷ LINK: *op. cit.*, p. 107.

²⁸ *Ibid.*, p. 144.

²⁹ QUIRK: *op. cit.*, p. vi.

OBRAS CITADAS

- BAILEY, Thomas A.: *The American Pageant*. Boston, 1956.
- BELTRÁN, Enrique (et al.): *México: cincuenta años de Revolución*. México, 1963.
- BEMIS, Samuel Flagg: *The Latin American Policy of the United States*. Nueva York, 1943.
- BLUM, John M. (et al.): *The National Experience*. Nueva York, 1963.
- BRAVO UGARTE, José: *México independiente*. Barcelona, 1959.
- CLINE, Howard F.: *The United States and Mexico*. Cambridge, Mass., 1963.
- FABELA, Isidro: *Historia diplomática de la Revolución Mexicana*, 2 vols., México, 1958.
- FAGG, John Edwin: *Latin America: A General History*. Nueva York, 1963.
- HENDRICK, Burton J.: *The Life and Letters of Walter Hines Page*. Garden City, N. Y., 1924.
- HERRING, Hubert: *History of Latin America*. 2ª ed., Nueva York, 1961.
- LINK, Arthur S.: *Woodrow Wilson and the Progressive Era*. Nueva York, 1963.
- MORISON, Samuel Eliot y Henry Steele COMMAGER, *The Growth of the American Republic*. 5ª ed., Nueva York, 1962.
- QUIRK, Robert E.: *An Affair of Honor*. Nueva York, 1962.
- TEJA ZABRE, Alfonso: *Historia de México*. México, 1935.